

Cali, septiembre 2008  
No. 07

**EDITOR:**

Comité de Investigaciones  
de la Facultad de Ciencias  
Sociales y Económicas de  
la Universidad del Valle.

Esta es una publicación  
del Centro de  
Investigaciones  
y Documentación  
Socioeconómica  
CIDSE

de la Facultad de Ciencias  
Sociales y Económicas de  
la Universidad del Valle  
[www.univalle.edu.co](http://www.univalle.edu.co)  
(facultades) Link: Facultad  
de Ciencias Sociales y  
Económicas

Participan en este número  
los grupos de  
Investigación: Acción colectiva  
y cambio social y conflicto,  
aprendizaje y teoría de juegos  
del CIDSE



Cidse

## **AGUA, TIERRA, VIVIENDA, SALARIO Y LIBERTAD: LA SOCIEDAD REGIONAL SE MUEVE**

*Por: Jorge Hernández Lara*

*Departamento de Ciencias Sociales, Universidad del Valle*

En Cali y su área de influencia, la cual abarca extensas zonas del sur del Valle y el norte del Cauca, la sociedad volvió a moverse en el tercer trimestre de 2008, esta vez en medio de una fase de desaceleración del ritmo de la economía, apreciables niveles de violencia en el entorno y objetivos bastante reveladores del tipo de problemas que tiene por solucionar.

El trimestre comenzó con la movilización de los habitantes de varios municipios de la zona plana del valle geográfico del río Cauca, demandando agua para consumo humano. Primero, entre el 19 y el 23 de julio, los pobladores de Puerto Tejada, Guachené y Villarrica, al completar ocho días sin el servicio de agua, bloquearon carreteras e hicieron plantones con el fin de presionar a la Empresa del Acueducto Regional del Norte del Cauca S.A., para que superara la emergencia y se comprometiera a optimizar la planta de abastecimiento. Luego, entre el 1 y el 12 de agosto, los habitantes de Candelaria realizaron una gran campaña, que incluyó bloqueo de vías y huelga de hambre de catorce concejales en la Plaza de Bolívar de Bogotá, para presionar a los gobiernos locales de Pradera y Florida e, indirectamente, a los gobiernos departamental y nacional, con el fin de que les permitieran tomar agua de los ríos Bolo y Frayle para construir un acueducto regional.

Paralelamente, los indígenas paeces del norte del Cauca realizaron nuevas jornadas del proceso que denominan «liberación de la madre tierra», emprendido por ellos desde septiembre de 2005 en la Hacienda La Emperatriz, situada en Caloto, en procura de hacer cumplir acuerdos firmados muy solemnemente por autoridades gubernamentales en 1995, cuando, después de reconocer parte de la responsabilidad del Estado Colombiano en la masacre de El Nilo, se comprometieron en nombre de él a compensar con tierras la agresión sufrida por las comunidades indígenas. Entre las acciones llevadas a cabo durante el trimestre hubo ocupación temporal de predios, audiencias públicas, enfrentamientos con el ESMAD, denuncia de nuevas agresiones que incluyeron hasta el asesinato de varios comuneros, aclaraciones para contrarrestar la difamación de firmantes anónimos, entre las principales. Todo en medio de un contexto en el cual los territorios circunvecinos sirvieron como «escenario de guerra» al enfrentamiento entre ejército y guerrilla, el Gobierno Nacional mantuvo una postura que tiende a darle un tratamiento antisubversivo al movimiento indígena y las autoridades departamentales, con el apoyo de élites económicas regionales, buscaron crear contradicciones interétnicas entre indígenas y afrodescendientes.

Entre finales de agosto y comienzos de septiembre pasó por Cali, proveniente de Popayán, con rumbo a Bogotá, una caravana compuesta principalmente por pobladores de los denominados asentamientos subnormales de la capital caucana y otras ciudades, en lo que denominaron «Marcha Nacional contra el Hambre y la Pobreza». Cubrieron unos setecientos kilómetros en total, hicieron recorridos motorizados entre ciudad y ciudad pero entraron y salieron a pie de cada una de ellas, acompañados por sectores sociales de cada localidad: estudiantes, sindicalistas y pobladores de asentamientos. El abanico de sus demandas era bastante amplio, aunque tendían a concentrarse en la necesidad de vivienda digna, crédito accesible para conseguirla y nuevas normas a favor de la vivienda popular.

El atentado con carro bomba de la madrugada del 31 de agosto contra el Palacio de Justicia en Cali, sumó en esta ciudad un motivo más al paro nacional que iniciaron los trabajadores de la rama judicial tres días después. Efectivamente, en los comienzos de ese cese de actividades se mezclaron en la capital del Valle del Cauca las expresiones de rechazo al atentado con las de condena a «todo tipo de ataque contra la justicia» y los reclamos de aumento o nivelación salarial,

que fueron los que terminaron por prevalecer prolongando el paro en todo el país más allá del 30 de septiembre. Significativamente, en esta oportunidad no hubo en Cali una gran marcha blanca contra la violencia, como otras veces en que un atentado como éste pudo ser atribuido sin mayores dudas a las Farc, debido a que en este caso se sospechó desde el primer momento que algunos grupos de narcotraficantes, solos o en alianza con otros sectores, podrían estar involucrados.

Otra caravana, esta vez en sillas de ruedas, compuesta por policías y civiles minusválidos, partió de Cali a Bogotá el viernes 5 de septiembre, para protestar por el cautiverio en que las Farc mantienen a un apreciable número de miembros de las fuerzas armadas colombianas. Recorrieron unos cuatrocientos ochenta kilómetros, hicieron escala en varias localidades: Palmira, Buga, Tulúa, Zarzal, en todas las cuales fueron recibidos con cierto entusiasmo por los medios de comunicación y parte de la población. Contaron con el apoyo logístico de la policía nacional para solucionar problemas de alojamiento, alimentación, control médico y otros detalles. Sus énfasis no incluyeron la búsqueda del denominado acuerdo humanitario para el intercambio de prisioneros por secuestrados, pero sí la liberación de todos los secuestrados en poder de las guerrillas: tanto militares como civiles.

La última movilización visible del trimestre fue la del «Movimiento de los trabajadores de la caña de azúcar 14 de junio», unos nueve mil corteros de caña vinculados a por lo menos nueve ingenios de la región, que reclamaban principalmente una modalidad de contratación directa como trabajadores por parte de quienes los requieren como mano de obra. Su movilización más reciente tiene antecedentes que se remontan a mediados de 2005, cuando realizaron por los mismos motivos una serie de paros escalonados, e inclusive más atrás, porque siempre han visto con reserva y sospecha las nuevas modalidades de contratación laboral que comenzaron a implantarse desde finales del siglo anterior, a tono con las grandes reformas nacionales para desregular y flexibilizar el trabajo: Empresas Asociativas de Trabajo, Contratos Sindicales y Cooperativas de Trabajo Asociado, principalmente.

Aunque desde hace algunos años son socios de cooperativas auspiciadas por los propios ingenios –que luego establecen con ellas una relación comercial, no laboral, para intercambiar trabajo por dinero como pago del servicio–, estos trabajadores echaron mano del repertorio de acción colectiva típico de los obreros sindicalizados: presentaron un pliego de peticiones unificado al gremio que agrupa los empresarios del sector, consiguieron el respaldo de la principal central sindical nacional, realizaron audiencias públicas para dar a conocer su situación, se declararon en asamblea permanente con cese de actividades a partir del 15 de septiembre, bloquearon las entradas a los ingenios, hicieron marchas y concentraciones en distintas localidades de la región, apoyaron la huelga de hambre que tres de ellos emprendieron en la Plaza de Bolívar de Bogotá, invocaron sentencias de la Corte Constitucional y disposiciones de la Organización Internacional del Trabajo para sustentar sus peticiones, hicieron propuestas alternativas de negociación dependiendo del curso que iba tomado el conflicto y al finalizar el trimestre se encontraban a la espera de entablar negociaciones directas con Asocaña.

La acción colectiva es, como se sabe, un recurso al cual apelan

principalmente aquellos sectores sociales que no cuentan con otros medios suficientes para poner de presente su situación y hacer valer sus intereses: sectores populares y clases medias. Por eso es normal que dicha acción interpele más que todo a las autoridades gubernamentales y las elites económicas, poseedoras del poder y la riqueza, respectivamente. En el caso de la región que comprende a Cali y su área de influencia, durante el tercer trimestre del año en curso, resultaron interpelados: a) alcaldes municipales y gobernadores departamentales, en relación con los problemas de abastecimiento de agua para consumo humano; b) Gobierno Nacional y hacendados, respecto de la consecución de tierras para los indígenas; c) Gobierno Nacional, así como gobiernos departamentales y municipales, a propósito de vivienda popular y mejores condiciones de vida para los pobladores de las ciudades; d) Gobierno Nacional, por cuenta de los reclamos salariales de los oficinistas de la rama judicial; e) Asocaña, en representación de los empresarios de la industria azucarera, en lo que tiene que ver con las formas de contratación del trabajo de los corteros de caña; f) las Farc, interpeladas por las exigencias de libertad para los secuestrados que están en su poder.

En ningún caso el desenlace de la acción, la reacción y la interacción que se produjeron fue definitivo. Así ocurre habitualmente: la acción colectiva persiste, se prolonga, se reproduce, se sumerge para reaparecer de nuevo después, porque rara vez hay una victoria o una derrota definitivas, normalmente las soluciones son parciales. De hecho, las movilizaciones del último trimestre tienen casi todas sus antecedentes. Ninguno de los objetivos invocados por ellas puede ser tildado de injusto, exagerado o ilegítimo, al contrario todos son reconocidos como válidos en abstracto; pero, ninguno fue otorgado o conseguido en concreto. La Empresa de Acueducto del Norte del Cauca solucionó la emergencia y los alcaldes de Pradera y Florida se las arreglaron para «torear» la crisis, pero los habitantes de buena parte de los municipios de la zona plana del valle geográfico del río Cauca siguen dependiendo de los aljibes para obtener agua de consumo humano. El Gobierno Nacional y sus aliados en el departamento del Cauca fustigaron severamente a los indígenas por reclamar tierras y acudir a las vías de hecho, además de tratar de enfrentarlos con sectores de población negra. La marcha contra el hambre y la pobreza sirvió como preámbulo para un encuentro de organizaciones sociales en Bogotá, pero no fue escuchada por los gobiernos a los cuales buscaba interpelar. El Gobierno Nacional admitió negociar con los trabajadores judiciales, pero propuso alzas de salario que estos consideraron insuficientes. Los industriales de la caña se negaron radicalmente a reintroducir las formas clásicas de contratación laboral y ofrecieron a cambio pequeños retoques en torno a otras peticiones de los trabajadores. Las Farc tal vez no se enteraron de la marcha de policías y civiles contra el secuestro. Es más, ni los que desarrollaron las acciones colectivas más visibles ni quienes fueron interpelados por ellas se enteraron de otras acciones casi invisibles que también ocurrieron durante el trimestre, como las de los mineros artesanales de Suárez, que debieron enfrentar una vez más los avances de la minería industrial en ese municipio.

En el fondo, tal como lo indican los problemas por solucionar, sobre todo los que emergen en las movilizaciones que tienen un

carácter más marcadamente regional, se expresa un malestar con la forma en que se encuentra estructurada esta sociedad. Los reclamos por agua para poblaciones de la zona plana, tierra para los indígenas y contratación directa para los trabajadores de campo de los ingenios están correlacionados. El río Bolo, por ejemplo, cuyas aguas podrían servir un acueducto regional en el sur del Valle, nace en las montañas de Pradera, se convierte luego en una red de canales que riega los cultivos de caña en la zona, y pasa después, ya usado y abusado, por Candelaria rumbo a su desembocadura en el Cauca. Por otro lado, la tierra que reclaman indígenas y comunidades afrodescendientes en el norte del Cauca es, en cierto sentido, la misma que necesitan los ingenios para

expandir sus cultivos ahora que la caña sirve para producir agrocombustibles y ese renglón de la economía se encuentra en alza. Y, finalmente, las mejores condiciones de trabajo que reclaman los corteros de caña son una petición a favor de repartir mejor las crecientes ganancias que los industriales azucareros están obteniendo en los últimos años, gracias en parte a su progresiva conversión en productores de combustible, proceso en el cual han contado con el apoyo de las autoridades estatales.

Hay pues un conjunto de problemas regionales por solucionar, comprometen el uso colectivo de recursos limitados como el agua, la tierra y el trabajo. Así lo indica la dinámica social generada a partir de la acción colectiva del tercer trimestre de 2008.

## **EL DR. FRANKSTEIN, LOS ECONOMISTAS Y LA CRISIS FINANCIERA**

*Por: Boris Salazar Trujillo*

*Departamento de Economía, Universidad del Valle.*

Hace ya muchos años Keynes pronunció una de sus muchas frases célebres: «Los hombres prácticos son prisioneros de las ideas de unos cuantos economistas muertos». Por supuesto, todavía las ideas de algunos economistas perturban en las noches los sueños de los vivos. Pero el desastre que hoy enfrenta la economía mundial no es imputable a unos cuantos economistas muertos. Detrás de toda la debacle están las acciones de unos cuantos economistas vivos, y de otros que sin serlo han aprendido a jugar el mismo juego muy rápido. Como el dulce Dr. Frankenstein, superado hasta la desgracia por los alcances insospechados de su criatura, los genios creativos de Wall Street inventaron en tan poco tiempo tantos potentes juguetes financieros que ni siquiera tuvieron tiempo para saber cuáles podrían ser sus más inmediatas consecuencias.

No lo hicieron en el vacío, ni en el secreto de la noche. Lo hicieron a la luz del día, en el contexto del predominio absoluto del fundamentalismo de mercado que se volviera dominante a finales de los años setenta y que reinara, sin mayores dificultades, en el mundo académico, en las agencias multilaterales de crédito y en el imaginario colectivo en los últimos treinta años. No faltaron señales de lo que podría ocurrir con la rápida expansión de los mecanismos financieros hacia todos los mercados y con la libertad absoluta en materia de creatividad financiera. La caída de la bolsa de Wall Street en 1987 y la crisis financiera asiática de finales del siglo pasado, a pesar de su magnitud y notoriedad no generaron ninguna reacción ni en la academia ni en los gobiernos ni en la actividad de los creadores financieros. La prosperidad que siguió a cada uno de esos episodios permite explicar, en parte, el rápido olvido y el optimismo desbordante que los cubrió hasta hacerlos desaparecer de la memoria activa de los que tomaban decisiones. No explica, sin embargo, el rezago evidente de la teoría económica con respecto a lo que hacen sus practicantes en el mundo real. Mucho menos explica la absoluta incapacidad de la teoría ortodoxa dominante para entender las consecuencias agregadas de las múltiples invenciones financieras generadas por Wall Street, y extendidas a velocidades crecientes a un mundo interconectado en los últimos años.

No se trata sólo de decirle adiós a la revolución neoclásica, como sugiere Sidelsky. En realidad, la revolución neoclásica ha estado viviendo en un estado de agotamiento evidente en las últimas dos décadas, y los mercados financieros siempre le resultaron esquivos, con su incómoda carga de volatilidad y de trayectorias fuera del equilibrio. De hecho, su único logro importante en la materia —el teorema de Black y Scholes— no puede considerarse como una pieza ortodoxa. Más aún: no es fácil vislumbrar en el horizonte cercano una teoría que pueda reemplazar a la teoría ortodoxa en la academia, el gobierno y el imaginario de los economistas. La razón es simple: las revoluciones teóricas no aparecen como una respuesta inmediata y natural a las grandes crisis económicas. Ocurrió con Keynes, pero no puede ocurrir hoy: los departamentos de economía del mundo, y los economistas que dominan la escena mundial, no están dispuestos a sacrificar sus capitales intelectuales y sociales alrededor de una apuesta que, en el mejor de los casos, puede resultar aventurada. Hay otras teorías, por supuesto, pero nada indica que puedan desafiar con éxito el poder de la teoría ortodoxa en los próximos años.

¿Qué es lo que está ocurriendo entonces? Aún sin contar con una teoría sólida, la evidencia disponible permite decir algunas cosas. Dos procesos paralelos, pero interrelacionados, permitieron la creación de un clima de optimismo exagerado con respecto al poder regulador y creativo de los mercados. El primero, y más ligado al núcleo de la teoría ortodoxa, fue el éxito indiscutible de la teoría económica de las subastas en la construcción de reglas y de instituciones para extraer las máximas ganancias en negocios específicos (privatizaciones, asignación del espectro de telecomunicaciones, mercados electrónicos). Su consecuencia fundamental fue la extensión de las instituciones del mercado, en la forma de precios volátiles, al sistema financiero. El segundo fue el largo auge, en apariencia interminable, de los mercados financieros en los últimos años, y la expansión de los mercados de futuros a los mercados reales. Ambos generaron un clima de extraordinario optimismo, en el que la creatividad financiera alcanzó niveles nunca vistos y

sobrepasó, de lejos, los dominios de la teoría económica tal como la hemos conocido hasta hoy.

La anécdota detrás de la crisis es más o menos conocida. El auge del mercado inmobiliario se había mantenido sobre la base de dos condiciones: altos precios de la vivienda y bajas tasas de interés. Para acomodar los altos precios se requería garantizar crédito suficiente para los nuevos compradores. Una proporción no despreciable de esta nueva masa de compradores tenía bajos ingresos, malas historias crediticias o baja capacidad de endeudamiento. Los bancos democratizaron el crédito y concedieron las ahora infames hipotecas *subprime* (o que no cumplieran con las condiciones requeridas para un préstamo seguro). El alto riesgo involucrado en las hipotecas de calidad dudosa abrió el camino para las innovaciones financieras. Las deudas dudosas fueron vendidas en el mercado como nuevos títulos-valor respaldados en las hipotecas. Los bancos de inversión compraron grandes cantidades de deuda, las empacaron en bloques y las usaron como respaldo para expedir bonos con el objeto de financiar otros negocios. Los bonos se clasificaron en capas de acuerdo a su nivel de riesgo y fueron vendidos en mercados europeos y asiáticos, ampliando el contagio potencial. Los más riesgosos ofrecían, por supuesto, mayores retornos a la inversión y los más seguros, tasas más cercanas a lo normal.

El empaque de la deuda en grandes bloques y su posterior división y mezcla en tajadas más finas condujo a la aparición de otro nuevo papel financiero: los CDO —*collateral debt obligation*— un derivado de derivados que explotaba la distribución del riesgo entre más agentes, y la mezcla de hipotecas buenas y malas como respaldo de nuevos títulos-valor. Los CDO invadieron los mercados y extendieron el riesgo hacia Europa y Asia, con la ayuda de las casas evaluadoras de riesgo que les dieron tratamiento AAA, a pesar de la inclusión de hipotecas de dudosa calidad. Todo dependía de que la cadena de deudas basadas en deudas que, a su vez, estaban basadas en otras deudas, no se rompiera en alguno de sus eslabones. Cuando los precios de las viviendas comenzaron a caer y el valor de las hipotecas a igualarlos o superarlos, y los nuevos dueños a devolver sus casas o a dejar de pagar sus hipotecas un primer eslabón de la cadena se rompió y un mecanismo de propagación se activó para generar el desastre que hoy estamos observando.

Lo interesante es que *nadie* sabía lo que podría ocurrir con las innovaciones introducidas. Los genios de Wall Street habían producido modelos matemáticos que aseguraban que la extensión del riesgo sobre un número mayor de agentes suavizaba el riesgo para el conjunto del sistema y permitía alargar la larga ola de prosperidad que había descendido sobre la economía mundial en los últimos años. Pero no conocían ni los mecanismos de transmisión de los efectos de nuevos derivados, en un sistema financiero basado en el movimiento de los precios de los activos y papeles inventados por ellos mismos, ni sus consecuencias globales. De hecho, nadie lo sabía, a casi nadie le había importado, y todavía hoy muy pocos tienen alguna pista para explicar lo que pasó.

Uno de ellos es Hyun Song Shin<sup>2</sup>, un economista de Princeton, que junto a Stephen Morris y otros economistas, ha estado trabajando en los últimos años problemas de información en

mercados financieros globales. Shin planteó una pregunta simple: ¿por qué el efecto tan devastador de la crisis hipotecaria si la proporción de hipotecas dudosas en el total nunca pasó del 20%? ¿Cuál es el mecanismo de propagación que permitió filtrar el desastre a partir de una semilla tan pequeña? No es, afirma Shin, el tradicional contagio por falta de pago, en el que un banco A que le ha prestado a uno B y éste a uno C, deja de pagar su deuda, y los demás también fallan en las suyas hasta generar unos efectos sistémicos. La clave está en el efecto que tienen el precio de los activos y papeles sobre los balances y el nivel de apalancamiento de los bancos. Cuando el precio de los activos y papeles en manos de los bancos aumenta, éstos pueden endeudarse más, vía el apalancamiento liberado por los nuevos precios. La nueva deuda les permite comprar más papeles y mejorar su posición relativa. Pero cuando los precios bajan, el mecanismo funciona en sentido contrario. Ahora las obligaciones tienen que ajustarse a la caída en el valor de los activos del banco. Para hacerlo tiene que comenzar a vender activos para mantener el mismo nivel de apalancamiento y para disminuir las pérdidas generadas por la caída en el valor de las acciones y papeles. Como este efecto ocurre en muchos puntos del sistema, la caída en el precio de las acciones y papeles genera mayores ventas de éstos, caídas aún mayores en sus precios y peores balances bancarios. La retroalimentación asegura que el efecto se propague por todo el sistema, como en efecto ocurrió. La perversión adquiere un giro inesperado en la pendiente de las curvas de demanda y oferta: la primera tiene pendiente positiva y la segunda negativa, al contrario de lo que siempre ha planteado la teoría ortodoxa.

La hipótesis de Shin toca un punto decisivo: la clave de la crisis está en la forma en que los agentes reaccionan ante los cambios en los precios y en su rápida propagación, y agregación de sus acciones a través de todo el sistema. En un sistema financiero, basado en mecanismos de mercado, la liquidez global depende de los movimientos de los precios y de las reacciones procíclicas de los agentes bancarios ante su aumento o disminución. No se trata de confianza o desconfianza en el sistema, o de la solidez de los llamados fundamentales, sino de las nuevas reglas del juego que enfrentan banqueros e inversionistas. Al mismo tiempo, y esto no lo dice Shin, la expansión de los mercados de futuros hacia un número creciente mercados reales ha introducido una volatilidad inesperada en mercados antes estables o con oscilaciones menos pronunciadas y continuas.

Con lo que vuelvo al Dr. Frankenstein. Los efectos globales de la expansión optimista de los mecanismos de mercado a todas las operaciones económicas, entre ellas los préstamos hipotecarios, y de los mercados futuros hacia todos los mercados «reales», colocan a los economistas contemporáneos en la misma posición del pobre doctor: muy orgullosos de su invención, pero incapaces de entender por qué todo terminó tan mal. Es obvio que los genios creadores que lanzaban a los mercados financieros nuevos papeles, activos y derivados no lo hicieron pensando en la ortodoxia económica. Creyeron que todo era posible, confiando en la vaga ideología que invoca el poder de autorregulación de los mercados. Ahora confían en que el rescate de Bush funcione y el olvido llegue muy pronto para iniciar nuevos y mejores negocios.

<sup>2</sup> Adrian, Tobias and Hyun Song Shin. 2008. «Liquidity and financial contagion», *Financial Stability Review*, Special issue on liquidity, No. 11, February.